

Introducción

Ser padres para hacer historia

Ser un buen padre es una de las cosas más importantes que podemos hacer para cambiar el mundo. Este libro nos va a ayudar a reflexionar sobre nuestra forma de ser padres, dejándonos acompañar por la experiencia de cuatro hombres conocidos por todos y cuya forma de ser padre supuso, en su tiempo, una revolución. Vivimos en una época en la que el padre varón es la pieza clave para el progreso de la sociedad, de las familias y de las mujeres. Debemos asumir nuestra parte en los cuidados y eso requiere revisar a fondo nuestro modo de ser padre. Este es el momento para que el padre se comprometa con la igualdad de género, una cultura de paz y la sociedad de los cuidados. Es ya día para que los hombres se incorporen mayoritariamente a la revolución de la ternura. Es ya el día de que los hombres asumamos desplegar todas nuestras potencialidades como padres.

Ya es hora y día de que nos activemos plenamente como padres. Cada vez la sociedad nos lo pide más. Sin embargo, quizá nos faltan referencias públicas que cultiven una cultura de la paternidad positiva. En una

encuesta realizada por el Informe Familia, un 85% de los entrevistados no podía referir ni una sola figura que fuera ejemplo público de paternidad. Aunque ser padre es una experiencia a la que casi todos estamos expuestos como hijos de nuestro propio padre o por serlo nosotros, parece necesario profundizar en su significado. Tiene razón el sociólogo Ralph LaRossa (1997) cuando dice que en el siglo XIX *se ha interrumpido la tradición histórica de la paternidad*.

Aunque nos parece que antes del final del siglo XX la paternidad siempre fue distante y autoritaria, eso no es así. Antes de 1830 los padres varones estaban más presentes en el hogar, eran mucho más sentimentales, comunicativos y cooperativos con los hijos y, además, estaban más comprometidos en su educación. La revolución industrial a partir de 1830 secuestró al padre del hogar y le internó en larguísimas jornadas en las fábricas. Además de dedicar al hombre totalmente a la producción, trató de que la mujer estuviera dedicada plenamente a la reproducción y se consagró la imagen de la mujer dedicada exclusivamente a la casa y los hijos.

El padre se convirtió en un ser ausente que no tenía nada que hacer en casa, sino que su papel era ganar el dinero y relacionar a la familia con la vida pública. Claudia Nelson (1995) dice que los padres se hicieron *hombres invisibles* y que la profusión en el siglo XIX de historias sobre fantasmas domésticos tiene que ver con esa presencia ausente cuando estaban en casa o la desaparición absoluta por la prioridad de su vida exterior.

La *ideología de las dos esferas* –de la que habla Scott Coltrane (1996)– permaneció hasta que el feminismo puso la igualdad de género en la agenda pública, y todavía estamos inmersos en el curso de esa transformación. Desde la década de 1970 se está produciendo una revolución de la paternidad a la que se van incorporando progresivamente millones de hombres. A la vez, esa tendencia positiva convive con la aparición de fuertes flujos de deserción paterna.

Los padres nos damos cuenta de que hay una discontinuidad intergeneracional, un giro en las formas de ejercer la paternidad. Por un lado, queremos comprometernos más con nuestros hijos en igualdad y cooperación con nuestra pareja. Queremos estar plenamente presentes, ser más tiernos, comunicativos o dedicarnos más a los cuidados directos. Es decir, hacer aquello para lo que estamos naturalmente programados. El cuerpo del hombre cambia cuando se hace padre, no solo se transforma el de la madre. El sistema hormonal masculino se altera sustancialmente y varían los niveles de testosterona, oxitocina, vasopresina o prolactina. Todos esos cambios suceden desde que se originó el ser humano y su fin es hacer al padre más cercano, protector, tierno, lúdico, empático o resistente al estrés. Como dice el antropólogo Ritxar Bacete (2017), *los hombres estamos programados para el bien*.

Aunque somos conscientes de la diferencia intergeneracional en la forma de ser padres, por otro lado tampoco queremos ser injustos con todos los padres del pasado. En primer lugar, debemos redescubrir

todo el amor que los padres industrializados pusieron en el trabajo por su familia y sus hijos. Entregaron la vida en los trabajos –y fueron los reclutados para las guerras– por sus hijos. Al igual que nuestra generación de padres del siglo XXI, su papel paterno tuvo sus limitaciones.

Pero no deberíamos permitir una ruptura sin reconocimiento ni gratitud a las generaciones que fueron padres durante la sociedad industrial. Incluso habrá virtudes de su forma de ser padres que hayamos perdido o no hagamos tan bien en la siguiente generación. Debemos hacer memoria para reconocer, agradecer y aprender de lo bueno y de sus insuficiencias, que nos harán más conscientes de las nuestras.

Lo cierto es que deberíamos tender un puente a la historia para conectar con todos los hombres que aportaron como padres lo mejor de sí a sus hijos. Algunas de esas personas tuvieron una gran visibilidad como padres o crearon personajes de ficción que se convirtieron en referencias públicas para ser buenos padres. Algunos de ellos protagonizaron auténticas revoluciones y la forma de ser padre cambió a partir de ellos.

Existe, por tanto, una brecha entre los padres del siglo XXI y los padres de la historia. Deberíamos hacer una biografía de la paternidad que nos uniera a todos. De ese modo nos podríamos comprender mejor cada uno como padre y podríamos proyectar un mejor modo de ser padres a la sociedad y las siguientes generaciones. Esa historia de la paternidad podría comenzar haciendo memoria de esas personas, mitos o personajes de ficción

que fueron significativos o supusieron verdaderos saltos cualitativos.

Nuestro propósito es hacer una exploración intercultural e interconfesional de la paternidad. Bucearemos en las creencias de estos padres con la intención de comprender internamente la lógica que les llevó a actuar y pensar de esa manera. Sus experiencias seguramente iluminarán cómo cada uno de nosotros está siendo o quiere ser padre.

La primera labor tendría que ser mirar a los comienzos de la historia y encontrar a esos padres fundadores de la paternidad. Tendríamos que irnos al propio origen de la humanidad, porque ahí es donde se produjo la gran revolución del padre. Posiblemente deberíamos retroceder hasta aquella pareja que paseaba de la mano o abrazados y seguidos de un niño, y dejaron sus huellas en Laetoli. Pero son solamente suposiciones. Tenemos que avanzar hasta el siglo XIX a.C. para encontrar la primera gran revolución de la paternidad.

En este libro vamos a abarcar a los padres fundadores de la paternidad. La primera gran figura se encuentra en Medio Oriente y es Abrahán. Se supone que la tradición bíblica se refiere a una figura que existió en el entorno de Mambré hacia la mitad del siglo XIX a.C. Las cuatro tradiciones orales fueron escritas e integradas entre el siglo IX y el IV a.C. Es decir, que quizá hable más de los hombres y mujeres del primer milenio a.C. que de los de principios del segundo milenio, al que remotamente se refieren.

Nuestra opción es la de tomar las leyendas y mitos

como historias con todo su valor. No estamos tan interesados en su deconstrucción literaria como en desplegar todo su significado a lo largo de la historia, qué es todo lo que nos tiene que decir. Los otros tres grandes fundadores los encontramos en Egipto, el mundo griego y China: Akhenatón, Dédalo y Confucio. Les invitamos a un viaje de más de mil años que nos llevará de las tres orillas del Mediterráneo al Extremo Oriente.

Akhenatón fue una persona de tanta grandeza y profundidad que algunos dudan que pueda haber existido en un tiempo tan antiguo como el siglo XIV a.C. Pero, afectivamente, es una figura de la que existe sobrada documentación que nos permite perfilar bien su modo de ser padre, que realmente fue una paternidad revolucionaria. Mientras que de Abrahán no nos quedan restos arqueológicos sino los relatos transmitidos generación tras generación, del gran faraón del Sol tenemos mucho material.

En el otro extremo está Dédalo, que es un mito aunque pueda ser concebido como un personaje colectivo que representa a los hábiles artesanos helenos. Él vivió en el siglo XIII a.C., la generación intermedia que siguió a los Argonautas y que precedió a los héroes de la *Iliada*. Junto con Dédalo, veremos a los reyes Egeo y Minos, cuyas historias se cruzan con aquel padre que dio a su hijo alas para volar. De nuevo, interesa sobre todo cuál es el mensaje que los creadores del mito de Dédalo nos quisieron transmitir.

Al otro lado del planeta, Confucio también fue padre y reflexionó sobre ello. Recogió la tradición china de

familia y la elevó a lo que denominó la piedad filial. El padre en Confucio es una figura universal de la que son propios el amor incondicional a los hijos, la benevolencia y el respeto que les reconoce y quiere tal como son. Ve impropio del padre el empleo de la violencia y el castigo, solamente puede educar a través de la virtud, el deseo del bien y su propio ejemplo. Su influencia se extendió a todo Extremo Oriente y alcanza todavía hoy a la mayoría del planeta.

Vamos a tratar de explorar con profundidad la experiencia interna que Abrahán, Akhenatón, Dédalo y Confucio tuvieron como padres. Queremos hablar con ellos no solo desde sus ideas, sino sobre todo desde cómo fueron realmente padres de sus hijos. Decía Confucio que el amor por el hijo no es una idea ni un criterio ético, sino sobre todo una experiencia carnal, vital y conmovedora, de la que luego derivan las otras virtudes. Los cuatro fueron padres que hicieron historia sobre todo porque amaron a sus hijos en la historia, en la realidad, antes de pronunciar cualquier discurso, erigir un altar, dedicarles una estatua o mandar grabar un relieve. Son padres que hicieron realidad, padres que hicieron historia a través de cuidados muy directos, mediante el amor y la libertad.

Todos tienen un mensaje que trasciende religiones y épocas, que nos comunica algo universal de la condición humana para todos los padres del planeta. A continuación de cada uno de los capítulos dedicado a ellos haremos una breve reflexión sobre qué podemos aprender de ellos para ser padres hoy.

Sin duda la historia sigue después de ellos, y otros muchos padres hicieron grandes contribuciones con sus vidas o sus personajes a la paternidad. Abrahán, Akhenatón, Dédalo y Confucio fueron padres que hicieron historia. Ahora es nuestro día. Es una historia que también está por contar y de la que ojalá formemos todos parte. Seamos padres que hacen historia: la historia de cada uno de nuestros hijos y la que compartimos todos.

Queremos agradecer a la Fundación casa de la Familia su apoyo para realizar esta obra, dentro del proyecto Informe Familia. También queremos expresar nuestra gratitud al antropólogo y trabajador social Ritxar Bacete por su generoso prólogo. Agradecimiento, finalmente, al Instituto Universitario de la Familia, de la Universidad Pontificia Comillas, por su apuesta para crear conocimiento como un modo de cambiar el mundo.